

JONATHAN SWIFT

# Sobre el estilo

Traducción de Juan José Utrilla

LA SIGUIENTE CARTA ha puesto ante mis ojos muchos males grandes y manifiestos que hay en el mundo de las letras y que yo no había notado; estos males abren ante mí una escena muy agitada y requerirá no poco cuidado y aplicación enmendar unos errores que se han vuelto tan universales. El fingimiento de cortesía queda expuesto en esta epístola, con grande ingenio y discernimiento; y cualesquiera que sean los discursos con que pueda yo tropezar en adelante sobre los temas que trata el escritor, de momento presentaré las cosas ante el mundo sin la menor alteración a las palabras de mi correspondiente.

*A Isaac Bickerstaff, Esquire,*

Señor:

Hay entre nosotros abusos de gran monto, la reforma de los cuales es, en realidad, de su competencia; sin embargo, hasta donde yo conozco sus escritos, no los ha considerado usted. Estos son la deplorable ignorancia que por algunos años ha imperado entre nuestros escritores ingleses, la gran depravación de nuestro gusto y la continuada corrupción de nuestro estilo. Nada diré aquí de quienes entienden en ciencias particulares, teología, derecho, física y similares; me refiero a quienes trafican en historia, política y *belles lettres*, junto con aquellos por quienes los libros no son traducidos, sino, como dice la expresión común *donados* del francés, el latín u otro idioma, y hechos ingleses. No puedo dejar de hacerle observar que hasta hace pocos años un libro de Grub Street siempre venía encuadernado en piel de oveja, con la impresión y el papel correspondientes, con un precio que nunca pasaba de un chelín, y que era ofrecido por comerciantes comunes o por los ambulantes de los pueblos; pero ahora, aparecen en

todos tamaños y formas, y por todas partes. Se les ofrece a montones en todos los cafés a personas de calidad; se les muestra en Westminster Hall y en la Court of Requests. Puede verlos usted sobredorados y en papel real, de quinientas o seiscientas páginas y con el precio consiguiente. Me comprometo a enviar a usted un catálogo de libros ingleses publicados en los últimos siete años, que de entrada le costarían a usted cien libras y en los que no podrá usted encontrar diez renglones de buena gramática o de sentido común.

Estos dos males, la ignorancia y la falta de gusto, han producido un tercero; me refiero a la continua corrupción de nuestra lengua inglesa, la cual, si no se pone un remedio oportuno, sufrirá por el falso refinamiento de los últimos veinte años más de lo que había mejorado en los cien anteriores. Y esto es en lo que me propongo explayarme, dejando los anteriores males a la animadversión de usted.

Pero en lugar de entregarle una lista de los últimos refinamientos que se han colado en nuestro idioma, le mando

aquí la copia de una carta que recibí, hace ya algún tiempo, de una persona que escribe así de la manera más consumada; sobre lo cual haré algunas observaciones. Viene en estos términos:

Señor:

No pude recibir las cosas que me mandó por *toda la ciudad*—tuve que venir yo mismo, y luego traerlas; pero no lo *pue*, y creo que no *pueo* hacerlo, no es *pos*— Tom empieza a *dar*me aires, porque está yendo con los *plenipos*—se dice que que el rey *de Francia va a timarnos de nuebo*, lo que causa muchas especulaciones. *Las Juanes* y otros de esa ralea están muy alborotados y alerta contra nosotros, como podrá usted verlo por sus cas. Will Hazard le han dado las *ñañas*, habiendo perdido al *ritmo* de quinientas libras, aunque entiende el juego muy bien, y *naiden mejor*. Me ha prometió a la *rep*, dejar el juego; pero usted sabe que es una debilidad en la que *es apto* para caer, aunque es tan listo como el que más, y nadie lo es más. Desde entonces, anda de *incog*. La *chusma* está muy quieta ahora con nosotros. Creo que usted pensó que yo presumía ante usted en mi última como un gañán, pero no me iré de la ciudad en este mes [etcétera].

Esta carta es, en cada punto, una muestra admirable del actual estilo culto de escribir y no pierde autoridad por ser una epístola. Podrá usted recoger cada flor que hay en ella, con otras mil de idéntico aroma, a partir de los libros, panfletos y papeles sueltos que se nos ofrecen a cada día en los cafés. Y éstas son las bellezas introducidas para compensar la falta de ingenio, de sentido, de humor y de cultura, que antes se consideraban indispensables en un escritor. Si un hombre de ingenio, que falleció hace cuarenta años, se levantara de su tumba, ¿cómo podría leer esta carta? Y, después de haber superado esa dificultad, ¿cómo podría entenderla? Lo primero que llama la atención son las pausas al cabo de casi cada frase, cuya utilidad no conozco, tan sólo sé que es un refinamiento muy frecuentemente practicado. Luego observará usted las abreviaturas y las elisiones, por las cuales se unen consonantes de sonido más largo sin que intervenga una sola vocal para suavizarlas y todo esto tan sólo para hacer una sílaba de dos, directamente al revés del ejemplo de los griegos y los romanos; todo ello al estilo gótico—mostrando una tendencia natural a recaer en la barbarie— que se deleita en los monosílabos y en unir consonantes mudas, como puede observarse en todas las lenguas del norte. Y esto es aún más visible en el siguiente refinamiento, que consiste en pronunciar la primera sílaba de una palabra que tiene muchas, suprimiendo las demás, como en *cas*, *cog*, *rep* y muchas otras, cuando en realidad ya estamos sobrecargados de monosílabas que son la desgracia de nuestra lengua. Así, alargamos una sílaba y cortamos el resto,

como la lechuza engordó a sus ratones después de cortarles las patas para impedir que huyeran; y si la nuestra será la misma razón para mutilar nuestras palabras, ciertamente será su fin, pues estoy seguro de que ninguna otra nación querrá copiarlas. Algunas palabras están equitativamente divididas y, por tanto, van en camino a su perfección, como *incog* y *plenipo*: pero es de esperar que en breve tiempo vuelvan a ser cortadas, para quedar en *inc* y en *plen*. Esta reflexión ha hecho que en los últimos años esté yo muy impaciente esperando la paz, que espero salvará las vidas de muchas valientes palabras, así como de hombres. La guerra ha introducido una abundancia de polisílabos que no podrán sobrevivir a muchas campañas: *especulaciones, operaciones, preliminares, embajadores, palizadas, comunicación, circunvalación, batallones*; por muy numerosas que sean, si nos atacan con excesiva frecuencia en nuestros cafés, ciertamente las pondremos en fuga y les cortaremos la retaguardia.

El tercer refinamiento observable en la carta que le envió consiste en la elección de ciertas palabras, inventadas por algunos amigos, como *presumía, timarnos, gañán y ralea*, tal como allí se aplican; algunas de las cuales están luchando por ponerse en boga y otras ya la alcanzaron. Yo me he esforzado al máximo durante algunos años por contener el progreso de *chusma* y *presumir*, pero he sido abrumado por los números y traicionado por quienes habían prometido ayudarme.

Por último, deberá usted tomar nota de ciertas frases de elección esparcidas por toda la carta, algunas de ellas bastante tolerables hasta que fueron despedazadas por imitadores serviles. Podrá usted encontrarlas con facilidad aunque no vengan en otro tipo de letra y por tanto no necesito mencionarlas.

Estos son los falsos refinamientos de nuestro estilo que usted debe corregir: en primer lugar, por medio de argumentos y medios justos; pero si éstos fallan, creo que deberá usted valerse de su autoridad como censor y, por medio de un anual *Index expurgatorio*, proscribir todas las palabras y frases que son ofensivas al sentido común, así como también condenar estas bárbaras mutilaciones de vocales y sílabas. En este último punto, la pretensión habitual es que se escriban como se pronuncian. ¡Valiente norma para nuestro idioma! Vamos a depender del capricho de cada pedante que, como las palabras son el ropaje de nuestros pensamientos, las corta y les da la forma que se le antoje, y las cambia más a menudo que a su vestido. Creo que todas las personas razonables convendrán en que esos refinadores debieran ser más avaros en sus palabras y más generosos en sus sílabas: a este respecto me alegraría que usted diera ciertos consejos a varios jóvenes lectores de nuestras iglesias que, viniendo de la universidad,

llenos de admiración por nuestros refinamientos urbanos, necesitarán corregir el estilo de sus libros de oraciones. Al leer la absolución deben tener mucho cuidado de decir *pardons* y *absolves*; y en sus oraciones por la familia real deberá ser *dótalos, enriquecélos, dales prosperidad* y *dánoslos*. Luego, en sus sermones, emplean todos los modernos términos de moda, *todos los cuales y muchos más* del mismo cuño, he oído a menudo en el púlpito de esos jóvenes sofistas y los he leído en algunos de *aquellos sermones que recientemente han hecho más ruido*.

La intención, al parecer, es evitar la terrible acusación de pedantería, mostrarnos que conocen la ciudad, que conocen a los hombres y los modales, y que no han estado nutriéndose en libros viejos y anticuados en la universidad.

Me agradecería ver en usted a un instrumento para introducir en nuestro estilo esa simplicidad que es el mejor y más auténtico ornamento de casi todas las cosas de la vida, a las que siempre aspiró la edad de la cultura, en sus construcciones y su atuendo, *simplex munditiis*, así como en los productos de su ingenio. Es manifiesto que todos los nuevos afectados modos de hablar, ya sean tomados de la corte, de la urbe o del teatro, son las partes que primero perecen en cualquier idioma. Y, así como podría yo demostrarlo mediante cientos de ejemplos, lo han sido en el nuestro. Los escritos de Hooker, que era un clérigo rural, y del jesuita Parsons, ambos durante el reinado de la reina Isabel, están escritos en un estilo que, con muy pocas excepciones, no ofendería a ningún lector actual y son mucho más claros e inteligibles que los de sir Harry Wotton, sir Robert Naunton, Osborn, Daniel el Historiador y varios otros que escribieron después; pero, siendo hombres de la corte, y afectos a las frases por entonces de moda, a menudo no se les entiende o parecen perfectamente ridículos.

Los remedios que deban aplicarse a estos males no tengo aquí espacio para considerarlos, habiendo, según temo, ocupado ya la mayor parte de su publicación. Además, creo que toca a nosotros presentar los abusos, y a usted, corregirlos. Soy, con todo respeto, Señor, su servidor, etcétera. •

JONATHAN SWIFT (Dublín, 1667-1745) fue clérigo de la Iglesia anglicana. En 1692 recibió el grado de maestro por la Universidad de Oxford. Destacó por su vena satírica, como lo muestra en *Una modesta proposición* (1729). Todas sus obras aparecieron de manera anónima. *Los viajes de Gulliver* (1726) le dio la inmortalidad en la historia de la literatura.